XX.

Cuando salieron al boulevard, se detuvieron á la puerta del *Café Inglés*, y el marqués de Arnage dijo á Montbarán:

—No tengo prisa de ir al círculo, y tengo toda la noche desocupada. Voy á acompañaros á vuestra casa, y así os detendré si, en el momento de subir para reuniros con Prudencia, os da la idea de escapar, de huir, á echar una cana al aire.

—¡Oh! No tengáis cuidado (replicó Montbarán). Ya sé que es imposible. Sé muy bien al peligro que me expondría.

Atravesaron la calle, y dieron algunos pasos en dirección á la Magdalena, volviendo la esquina de la calle de Taitbout. Montbarán, según tenía costumbre, dirigió una mirada al saloncito del piso bajo de la pastelería de Tortoni, cuyas ventanas daban á la calle, y se detuvo bruscamente.

—¿Qué tenéis? ¿Habéis visto á alguien?

—Sí....; ahí está...., sentada al lado de esa mesa.

—¿Pero de quién habláis?

—Mirad.

El Marqués se aproximó, buscando el resquicio que dejaban las colgaduras, y mirando al interior, dijo sonriendo:

—¡Calla! ¡si es Rachel! No debía haberlo dudado ni un momento, al oir el tono de vuestra voz y al ver vuestra emoción....; y, si no me equivoco, es su.... amigo, el que la acompaña.

—Sí, Roberto du Chatel. ¡No la deja ni un momento! —dijo con rabia Montbarán.

—Es muy natural (replicó el marqués de Arnage); pues ya sabéis que están estrechamente unidos, ya sea porque el amigo de Armando Le Forestier esté verdaderamente enamorado de esta muchacha, á pesar del encargo de las alhajas, ó bien porque, como hemos supuesto, quiere tenerla propicia, para que le tenga al corriente de todo lo que pasa.... Pero vamos, vamos, querido, que estáis pasando un mal rato.

—No, dejadme mirarla todavía un instante. ¡Nunca la he visto tan hermosa!

—Siempre que la veis decís lo mismo. La canción de todos los enamorados.

.....

Montbarán no le escuchaba. Estaba pegado á la vidriera, y miraba ávidamente á Rachel de Nicia, que, á pocos pasos de él, estaba de seguro muy ajena de esta contemplación.

Sentada delante de un velador de mármol

blanco, estaba Rachel, tomando tranquilamente chocolate, y mientras daba mordisquitos á un bollo que tenía en la mano, echaba á hurtadillas miradas tiernas á Roberto, que estaba á su lado. Llevaba un sombrero ligero y elegante, que caía con mucha gracia sobre su frente y sobre sus cabellos sencillamente recogidos, haciendo resaltar su preciosa y expresiva fisonomía, que era de un encanto incomparable. El abrigo, un poco caído hacia atrás, permitía admirar su redondo pecho, perfectamente formado. Cada sorbo de chocolate, dejaba una señal sobre su boca, tiñéndola de obscuro y rodeándola de un bigotillo ligero, que daba más colorido á los labios y hacía resaltar más la blanca dentadura, dando cierto aire picaresco á su fisonomía.

—¿La habéis contemplado bastante?—dijo por fin el Marqués, fatigado de tanto esperar en medio de la calle y delante de una ventana cerrada.

—No (respondió Montbarán); y voy á admirarla más de cerca.

—¡Qué!.... ¿Vais á entrar?

—¿Por qué no? En casa de Tortoni puede entrar todo el mundo...., y el saloncito que ella ocupa no está cerrado: está unido al primero, que es público.

—Pero, ¿y Prudencia, que estará esperando?

—Que espere.

—¡Qué escena os va á preparar!

—Me es igual.... Adiós, querido.

—¡Hasta la vista, viejo loco!

Montbarán no oyó el epíteto, porque había vuelto ya la calle, y entraba en casa de Tortoni por la puerta que da al boulevard.

.....

El marqués de Arnage iba á marcharse; pero una idea le retuvo. ¿No podría ser útil ver el efecto que producía en Roberto du Chatel la llegada inesperada de Montbarán? Si permanecía tranquilo, si no se le escapaba algún movimiento ni se estremecía, querría decir que el recién llegado le era indiferente, y que no veía en él más que á un amigo de casa de Prudencia; pero si, por el contrario, en su rostro se notaba alguna emoción, sería señal de que Montbarán le inspiraba ya sospechas, y de que el amigo, el agente de Armando Le Forestier estaba sobre la pista.

El espionaje del Marqués no dió resultado, pues éste no había contado con la manchita de chocolate que había en los labios de Raquel. Roberto, á quien esta manchita había llamado la atención, tuvo deseo de borrarla él mismo con sus labios, y no con la servilleta adamascada que estaba sobre la mesa. Dió parte de este capricho á Rachel, y ésta, después de haber reído mucho, miró á todos lados, para asegurarse sin duda de

que nadie los veía y de que estaban enteramente sólos en el saloncito, y abriendo su gran abanico, se le puso delante de la cara, y tendió su boca á Roberto.

Durante esta escena, Montbarán hizo su entrada en el salón, y los dos enamorados, que fueron sorprendidos infraganti delito de beso furtivo, tuvieron un momento de turbación de los más naturales. Rachel lanzó un grito, y retirándose vivamente, dejó caer su abanico. En seguida Roberto se inclinó para recogerle, y cuando se levantó, toda emoción había desaparecido, y sonreía á Montbarán, invitándole á que se sentara á su mesa. Éste último, por el contrario, á pesar de su sangre fría acostumbrada, estaba pálido y tembloroso por su inoportuna y desgraciada entrada. Inoportuna para los enamorados, y desgraciada para él.

El marqués de Arnage no pudo sacar nada en limpio de esta escena, por lo cual partió, murmurando:

—¡Éste imbécil, con el capricho que él llama pasión, acabará por hacer alguna tontería!

El Marqués conocía perfectamente los defectos de su asociado, pero veía apenas los suyos, ó más bien su vicio capital, que también podía llevarle muy lejos, y que ahora le llevaba al círculo....

.....

Á su entrada en la sala de baccarat, sus cuidados, sus preocupaciones, sus temores diversos le abandonaron como por encanto. El juego no tiene más que una cualidad: hace olvidar; pero el olvido cuesta caro.

Se dirigió hacia la caja, y preguntó cuánto debía.

—Mil luíses,—le dijeron, entregándole una tarjeta, sobre la cual la suma de veinte mil francos estaba escrita.

—Añadid doscientos luíses,—dijo desenvolviendo la tarjeta. No saldo mis cuentas esta noche. Mañana pagaré.

Nadie se atrevió á contestarle. El encargado de la caja le conocía de hacía muchísimo tiempo, durante el cual le había visto ganar, perder y pagar tanto, que se dijo: «En cuanto se rehaga nos pagará, como acostumbra».

Durante dos horas, esta esperanza no fué vana: el Marqués, que no tenía bastante dinero para tallar como de costumbre, jugaba de punto; al principio arriesgando poco, y luego con más atrevimiento, hasta que llegó á reunir una suma importante; pero lo que llaman en el baccarat una talla redonda, le llevó, no solamente su ganancia, sino su primer capital, y á las cinco de la mañana se encontraba sin un cuarto, como había entrado.

Quiso hacer un nuevo empréstito, pero no le

dió resultado. El encargado de la caja, defraudado en sus esperanzas, se mostró esta vez inexorable.

El Marqués, en su fiebre del juego, pidió á los amigos á quien él había prestado en otras ocasiones, y después de sufrir varias negativas, acabó por encontrar algunos cientos de luíses, que perdió en un abrir y cerrar de ojos, encontrándose con una porción de deudas y sin un cuarto en la caja de la asociación, á causa de los cien mil francos dados á Clara Mérot, y de los empréstitos que en los últimos tiempos le habían obligado á hacer sus pérdidas consecutivas. ¡Ah! ¡Si en aquel momento hubiera tenido él á su disposición la suma dada á la señorita de mostrador...., aunque le hubiera amenazado con hablar, con delatarle á él y á sus cómplices, la hubiera dejado partir con las manos vacías.... Y si el mismo collar de diamantes perteneciente á Armando Le Forestier, en lugar de estar en casa de Montbarán, guardado en la caja de la sociedad, se hubiera encontrado en su bolsillo, le hubiera vendido al momento por la cuarta parte de su valor á uno de esos judíos alemanes que, desde hace algunos años, se han introducido en la mayor parte de nuestros círculos.... ¡Este hombre tan mesurado, tan discreto cuando hablaba, siempre prudente y pensador en todos los asuntos, y sabiendo tan bien combinar un

delito ó un crimen, se volvía irreflexivo y loco ante su pasión, y delante de una mesa de juego era un niño, perdía la cabeza, y era capaz, después de haber combinado un plan y de haber enseñado la lección á sus cómplices, de comprometerlos y perderlos, todo por una carta!

Hacia las siete de la mañana volvió á su casa, más animado que nunca, y decidido á no permanecer por más tiempo en el fastidio, lleno de deudas y en la imposibilidad de jugar.

Como se ve, de los tres cómplices de otro tiempo, dos no habían cambiado en nada. Les agitaban los mismos deseos, las mismas pasiones y los mismos vicios, impulsándoles al crimen, y tal vez al abismo, en que tarde ó temprano habían de caer.

XXI.

El marqués de Arnage había pensado perfectamente al creer que el señor de Beuvret no tardaría en casar á su hija con el señor Le Forestier, y que este matrimonio se haría aunque no le hubieran amenazado. En efecto: el estudio, el trabajo, no absorbían hasta tal punto al señor de Beuvret, que no se diera cuenta de cuanto á su lado pasaba: todas las acciones, todas las palabras de su hija le habían convencido de que no había renunciado á ninguna de sus esperanzas, y que, por el contrario, éstas eran más vivas que nunca. El modo de obrar del doctor du Chatel, las entrevistas frecuentes de las dos amigas, que se daban noticias, ocupándose sin duda del señor Le Forestier, le indicaban también que este último perseveraba en sus proyectos, fortificándose en sus ideas y amor. ¿Podía luchar el señor de Beuvret eternamente contra estas voluntades inquebrantables, contra aquellos dos corazones que se habían unido para no separarse jamás uno de otro, y que los obstáculos, el alejamiento unían más y más?

Por otra parte, ¿podía oponerse á un matrimonio decidido, inquebrantablemente resuelto? ¿La ley misma, no protege á los hijos contra la oposición de los padres á su matrimonio? ¿No pueden los hijos, cuando llegan á la mayor edad, casarse sin su consentimiento? ¿Habría padre, aun el más querido, el más respetado, que se atreviera á decir que los sentimientos de amor filial debían dominar á todas las otras afecciones, imponiendo el eterno sacrificio, la renuncia eterna á todas las dichas que ellos mismos habían disfrutado?

Y entonces, si á su pesar el matrimonio había de efectuarse, ¿por qué oponerse á él y no dejarle efectuar inmediatamente? Beuvret no tenía más que una razón para oponerse. Su imaginación le decía que el hijo de la señora Le Forestier no podía unirse á su hija; pero ¿á qué oponerse á esta unión, si había de llegar á ser un hecho antes ó después de su muerte?

Además, ¿tenía el derecho de castigarles por haber sido criminal? ¿No valía más asumir todas las responsabilidades y decirse: «Si ignoran el pasado, todo lo odioso que hay en esta unión sólo me molestará á mí, sobre mí solo caerá, y si este matrimonio fuera impío, yo soy el que habría cometido este sacrilegio?»

Estas eran las preguntas que su irresoluta imaginación se hacía desde algún tiempo. ¿Qué

haría? ¿Cómo resolvería estas cuestiones? Lo ignoraba, dudaba, y se preguntaba constantemente qué debería hacer, cuando sus antiguos cómplices se le presentaron.

Pero si el marqués de Arnage había adivinado sobre este punto lo que Beuvret pensaba, no había sucedido lo mismo respecto á lo de sus amenazas, respecto á lo cual se había equivocado. «Desde que se ha separado de nosotros (había dicho á Montbarán), su cólera habrá desaparecido y volverá á ser el mismo de siempre, sumiso y resignado, sometiéndose á todos nuestros deseos, para que su hija y su yerno conserven siempre su ignorancia. Su cólera no ha sido más que momentánea». En esto estaba su error.

Una cólera terrible se había apoderado de Beuvret, había invadido su corazón, llenado todo su ser, desde que vió á sus cómplices. ¡Ah! ¡Aquellos dos hombres que, aprovechándose de su pasión, de su fiebre, de su locura, le habían pérfidamente arrastrado al mal, haciendo de su vida un continuo remordimiento, osaban reaparecer, después de tantos años, con la amenaza en los labios! ¡Si al menos sólo le hubieran amenazado á él! ¡Pero también á su hija! ¡Atacar á aquel ángel, tan inocente en sus creencias, en su amor y en su respeto filial! ¡Afligirla con el inmenso dolor de juzgar y condenar á un padre, hasta aquel día venerado!

Entonces surgió en todo su ser una terrible necesidad de venganza. Sí; vengarse de aquellos miserables, castigarles por su antiguo crimen y por las acciones indignas que debían haberle seguido, impidiendo que las continuaran, era su único pensamiento, aun cuando para ello hubiera de perecer con ellos. Por otra parte, los riesgos serían iguales que si desde luego se hubiera sometido cobardemente. Había comprendido que el Marqués y Montbarán no veían solamente en el matrimonio que le ordenaban, una garantía de reposo y tranquilidad; comprendía que esperaban que este matrimonio iba á ser para ellos una fuente inextinguible de riquezas. Entonces le decían: «Casad á vuestra hija; lo queremos». Y luego le dirán: «Despojadla; dadnos las riquezas de su marido, ó.... ¡tened cuidado!» Nunca; jamás consentiría esto; no, no querría obedecerles. Veía peligros siempre, por todas partes. ¡Si negaba su consentimiento para que el matrimonio se efectuara, los había; si lo consentía, también! ¿Qué hacer? Beuvret prefirió correr el mayor peligro; pero vengarse. Se prepararía contra sus adversarios, antes de que ellos lo hicieran contra él!

Con estas reflexiones, fué poco á poco haciéndose á la idea de que su hija se casara, pensando también que este enlace había de favorecer sus ideas de venganza. Sí; casando á su

hija, podría asociarse con el señor Le Forestier, dirigirle bien, impedirle que sospechara de inocentes, y llamarle la atención, no ya sobre sus antiguos cómplices, sino sobre los enemigos de una familia que había llegado á ser la suya y á la que estaba tan íntimamente unido.

Beuvret no terminó su plan hasta el día siguiente. Desarrolló su idea, y estudió la cuestión bajo todos los puntos de vista, buscando los medios de hacerlo todo sin que hubiera peligro para su hija, y conservándola siempre en su ignorancia, en su amor y en su respeto.

Cuando todo lo tuvo dispuesto y estuvo bien resuelto, pasó del pensamiento á la acción.

—¿Qué vas á hacer hoy? (preguntó un día á Clara, después del almuerzo.) ¿Vas á dar tu paseo acostumbrado?

—Sí; siempre que no veas en ello inconveniente.

—Sí le veo, hija mía. ¿Por qué esas citas en un sitio público con la señorita du Chatel, cuando sería mucho más sencillo recibirla en nuestra casa?

—Es que no sabía, padre mío, si permitirías....

—¿Cómo podías dudarlo, desde el momento en que autorizaba vuestras entrevistas?.... ¿Á qué hora debíais encontraros hoy?

—Hacia las tres.

—¿Entonces tu amiga saldrá de su casa á las dos?

—Sí, poco más ó menos.... ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, dándonos prisa, podríamos encontrarla todavía en el boulevard Haussmann.

—¡Pues qué! ¿Vendrías?

—Sí; pienso, desde hace tiempo, en devolver la visita que me hizo el Doctor...., y sólo mis ocupaciones me lo han impedido hasta aquí.... Hoy estoy algo más desocupado, y pienso seguir tomándome algunas vacaciones. ¿No las he ganado bien?—añadió mirándola.

—¡Oh, sí, sí!

—Pues bien: al mismo tiempo de cumplir un deber, te daré un gusto; pues no dudo que esta visita ha de serte muy agradable.

Clara enrojeció, y bajó la cabeza.

—En casa del Doctor (continuó lentamente Beuvret, para no causar á su hija una emoción demasiado viva) se ocupan con frecuencia de cierta personita que no te es enteramente extraña...., y en la cual piensas mucho.... mucho...., confiésalo.

Estaba demasiado conmovida para responder; pero su rubor había aumentado, y las miradas fueron más elocuentes que los labios.

El señor de Beuvret continuó, siempre con la misma lentitud:

—He reflexionado mucho en estos últimos tiempos, y me preguntaba si no había estado un poco severo con el señor Le Forestier.... Nuestras relaciones, de las que no he tenido más que buenos recuerdos, han cesado bruscamente por mi culpa...., y tal vez...., si no tienes en ello inconveniente (dijo sonriendo), podríamos reanudarlas.

Clara se abalanzó á su padre, y apoyando la cabeza sobre su hombro, murmuró á su oído:

—¿Entonces consientes?....

—No, todavía no (dijo Beuvret en voz baja). No tengas tanta prisa....; pero, en fin...., podemos llegar á entendernos.

—¡Oh! ¡Gracias, padre mío!

—No me des las gracias todavía....; no hay nada decidido.... Tengo condiciones que poner.

Clara retrocedió vivamente, y le miró asustada.

—¿Qué condiciones? ¿Las mismas de antes?

—No, puesto que con ellas no puedo complaceros....: algo más aceptable....; ya verás....; creo que no te ha de disgustar.

—¡Qué dicha! (dijo Clara, volviendo á apoyar la cabeza en el hombro de su padre.) ¿Has tenido esa buena idea estos últimos días?

—No; la tengo hace mucho tiempo; pero quería reflexionarlo bien, estudiarlo detenidamente, porque ya sabes, hija mía, que hubiera preferido

para ti un matrimonio más modesto, más en armonía con nuestra posición, y por eso he esperado todo este tiempo, para ver si olvidabas al señor Armando Le Forestier.

—¡Era imposible!

—Sí, ya lo he visto; y como no quiero que seas eternamente desgraciada, estoy pronto á hacer ciertas concesiones, porque temía por ti.... Ya sabes la obra que ha emprendido....; ya te pondré al corriente de todo más adelante; pero ahora ve á vestirte, si quieres que vayamos á ver al Doctor y á su hija.

Clara abrazó á su padre con delirio, y después de besarle en los labios, en las mejillas y en la frente, subió corriendo á su cuarto.

XXII.

Clara Beuvret no se hizo esperar largo tiempo, á pesar de que tuvo que vestirse de pies á cabeza. Se puso un sombrero lindísimo que había acabado de recibir, un vestido de primavera, y unas botitas que hacían resaltar su encantador piececito. Parecía que tenía preparada esta *toilette* para el día que volviera á ver á Armando Le Forestier, y que no ignoraba que no había de hacerse esperar mucho este día.

—Vamos, papá; ven, que no vamos á llegar al tren.

Salieron inmediatamente, yendo uno al lado de otro hasta el camino de hierro, mirándose á hurtadillas y sonriendo maliciosamente. Beuvret encontraba hermosísima á su hija, embellecida por la animación que la alegría daba á su semblante, y á su vez ella encontraba á su padre rejuvenecido, tan rejuvenecido, que mientras esperaban la salida del tren, no pudo contenerse, y le dijo:

—Te aseguro, padre mío, que hoy no representas más de cuarenta años.

—Tengo, sin embargo, muy cerca de cincuenta.

—Nadie lo diría....: no estás encorvado; llevas levantada la cabeza....; en una palabra: me gustas mucho, padre mío.

—Porque te llevo al boulevard Haussmann, —dijo Beuvret sonriendo.

Su conversación fué interrumpida por la parada del tren; pero el contento, la alegría de Clara no la habían hecho exagerar los cumplimientos que había dirigido á su padre. Estaba verdaderamente rejuvenecido, cambiado por completo. Su decisión, tomada después de tantas vacilaciones, de tantas dudas, le había librado de una preocupación tan grande, que se sentía ahora mejor, más á su gusto, y le parecía que respiraba con más libertad.... Además, el temor de mostrarse en público, de ser reconocido por sus cómplices, había desaparecido. Ahora podían encontrarle, verle; ya no le importaba, puesto que sabían todos los secretos de su vida...., y ¡hasta los de su hija! Sí; ¡hasta el amor de la niña había sido conocido y explotado por aquellos hombres! Esto era, más que nada, lo que le devolvía las fuerzas de la juventud y hacía hervir su sangre. ¡Iba á vengarse de aquellos infames! Ya no dudaba de ello, sonriendo á esta idea ya preparada; y como para llegar á ella necesitaba destreza y vigor, se enderezaba todo cuanto